

EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 56 (2021), páginas 50-63

José Andrés Fernández Leost

Universidad Complutense de Madrid

El retorno de la materialidad: ¿realismo o distopía?

Resumen:

El mundo occidental vivió entre 1945 y 2015 un «momento idealista», cuyo auge cabe situar en los años noventa y cuyo declive se inició en 2008. Desde 2015 está de vuelta una mentalidad apegada al proteccionismo, la seguridad y la territorialidad, lo que en ocasiones se interpreta en términos distópicos. El presente artículo examina la evolución del idealismo económico, cultural y político en tres intervalos temporales (1945-1989, 1989-2008 y 2008-2020), desembocando en un diagnóstico sobre el presente y el futuro inmediato. La irrupción de la pandemia ha redoblado el marchamo materialista del mundo entorno (bajo una clave físico-biológica), acelerando acaso tendencias previas en desglobalización, repliegue identitario y autoritarismo. Desde un punto de vista teórico-político, se analiza asimismo la vigencia de la tesis de un «mundo hobbesiano» presentada como el envés descarnado del utopismo previo.

Palabras clave: autoritarismo, democracia, desglobalización, distopía, realismo.

Abstract:

Between 1945 and 2015, Western politics was driven by an idealistic view, whose rise took place in the 1990s and whose decline began in 2008. Since 2015, an approach attached to protectionism, security and territoriality has returned: a «materialistic turn» that is sometimes interpreted in dystopian terms. This paper examines the evolution of economic, cultural and political idealism in three sequences (1945-1989, 1989-2008 and 2008-2020), and presents an analysis of the present-day and the immediate future. The irruption of the pandemic has promoted the materialistic view of the world (under a physical-biological key), and has accelerated trends such as deglobalization, identitarianism and authoritarianism. From a theoretical-political approach, the paper also analyzes the hypothesis of a «hobbesian world» understood as the dark side of utopianism.

Keywords: authoritarianism, democracy, deglobalization, dystopia, realism.

EL BASILISCO

Fundador

Gustavo Bueno

Director

Gustavo Bueno Sánchez

Secretaría de Redacción

Amparo Martínez Naves (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción

Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)

Íñigo Ongay de Felipe (Universidad de Deusto)

Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)

Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)

Pedro Santana (Universidad de La Rioja)



Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados anónimamente por pares de evaluadores externos a la Fundación Gustavo Bueno.

EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: <http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm>

<http://www.fgbueno.es/bas>
basilisco@fgbueno.es

ISSN 0210-0088 (vegetal) - ISSN 2531-2944 (digital)
Depósito Legal: O-343-78



© Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)



El retorno de la materialidad: ¿realismo o distopía?

José Andrés Fernández Leost
Universidad Complutense de Madrid

1. Introducción

Referirse a un retorno de la materialidad implica, en primera instancia, sostener la vuelta de una situación que preexistió en el pasado y delimitar el alcance y contenido presente de dicha «materialidad». La premisa desde la que parte este ensayo es la siguiente: desde un punto de vista económico, cultural y político el mundo occidental (objeto de nuestro análisis) experimentó entre 1945 y 2015 un «momento idealista», cuyo auge cabe situar en los años noventa y cuyo declive se inició en 2008. La tesis consiste en afirmar que, desde hace un lustro, está de vuelta una realidad apegada al proteccionismo (económico), la seguridad (cultural) y la territorialidad (política), más «material», y propia del primer tercio del siglo XX, escenario que en ocasiones se interpreta en términos distópicos.

Así expuesta esta lectura resulta gruesa, simplificadora, incluso empíricamente insostenible: ¿qué grado de apertura económica puede atribuirse a la Europa en los años setenta? ¿No supusieron los atentados del 11S un retorno de los valores conservadores? ¿En qué momento llegó a operar una lógica política extraterritorial? Más aún, nuestra tesis maneja nociones confusas, que no dicen nada. ¿De qué idealismo se está hablando?,

¿de qué materialidad? Un modo de aclararlo consiste en definir el ángulo opuesto y asimilar el «momento idealista» a un proceso que envuelve la globalización económica, el avance de los valores auto-expresivos y el ensayo hacia una política de signo post-soberano. En este sentido, la materialidad que invocamos aludirá al envés dialéctico de tal idealismo, mostrándose intuitivamente bajo una forma mundana, y prioritariamente tecnológica (y por ende, corpórea, territorial). Y ello, sin menoscabo de sus manifestaciones físicas (entre ellas, biológicas), psíquicas (ante todo, en los planos cultural e ideológico) y abstracto-matemáticas (en el campo económico) (Bueno, 1990).

Para resultar más precisos, el texto se ordenará a continuación en tres fases temporales: 1945-1989; 1989-2008; y desde entonces a la actualidad. Este recorrido desembocará en un diagnóstico sobre el presente —en el que la irrupción de la pandemia de Covid-19 ha redoblado el marchamo de materialidad de nuestros tiempos (bajo una clave precisamente físico-biológica)—, y en unas breves notas sobre el futuro inmediato en el que acaso se acentúen la «desglobalización», el repliegue identitario y el autoritarismo; dando pábulo a un espectro todavía más distópico, se diría casi que post-apocalíptico.

2. La Guerra Fría «no ha tenido lugar» (1945-1989)

Catalogar de idealista a la primera fase (1945-1989) resulta obvio, casi banal. Como es sabido, tras el fin de la II Guerra Mundial se articularon los cimientos de lo que se conoce como «orden liberal internacional» que pueden aplicarse a los tres planos de análisis que nos ocupan. Así, en primer lugar —bajo una perspectiva económica— nos encontramos en los años de ejecución, entre 1948 y 1952, del Plan Marshall¹, que inspirará en Europa la firma del Tratado de París y la institucionalización de la Comunidad del Carbón y el Acero (CECA), en la que se cifra la génesis de la Unión Europea (UE).

Simultáneamente —en puridad, cuatro años antes— se ponen en marcha las instituciones de Bretton Woods y se sientan las bases para garantizar unas finanzas globales estables y desarrollar un comercio multilateral abierto. Siendo aún más rigurosos, el origen y expansión del libre comercio arranca a mediados del siglo XIX, concretamente en 1846, cuando en Gran Bretaña se abole la ley de cereales, promulgada 30 años antes. El economista y antropólogo Karl Polanyi² cifraba en esta fecha el inicio del «experimento inglés», aunque no cabe olvidar que este «ensayo hacia una sociedad de mercado» coincidió con la llegada de nuevas tecnologías —propias de la Revolución Industrial— plenamente involucradas

(1) De 1948 a 1952, Europa vivió el periodo de máximo crecimiento económico de su historia. La producción industrial se incrementó un 35%.

(2) La tesis central del pensamiento de Polanyi consiste en impugnar el establecimiento de la economía de mercado como el origen del «malestar» de las sociedades contemporáneas. Desde su perspectiva, este sistema configura una forma de organización y distribución de bienes que cede al mercado la regulación de la sociedad. Su línea de razonamiento constata la mercantilización de cualquier actividad productiva a unidades cuantificables e intercambiables. Así, los precios de las mercancías determinan la organización entera de la sociedad y su comercio genera la totalidad de sus ingresos. Ningún producto, en suma, escaparía a este mecanismo, incluyendo al trabajo y a la tierra, categorizados como una mercancía más. La originalidad de Polanyi estribó en presentar esta situación, fraguada en la Gran Bretaña decimonónica, no como un fruto social espontáneo, sino como un experimento premeditado de «ingeniería social» (Gray, 2000). Por lo demás, la valoración de la economía de mercado en Polanyi no podía ser más sombría, en tanto su aplicación habría provocado la «des-incrustación de la economía» de la lógica social, justificando la desigualdad y la pobreza. Más aún: habría impulsado un proceso que atomizaría al individuo y desintegraría sus lazos comunitarios de cohesión social. A su vez, esta crítica iba acompañada de la advertencia de que tal forma de entender la economía requería funcionar al margen del Estado (conclusión que ciertamente recae en aporía: se presenta el *laissez faire* como un experimento estatal que desemboca en última instancia en la liquidación del Estado). El examen de Polanyi se completa con un rechazo de la formulación de la economía bajo la lógica de maximización de beneficios en un entorno de escasez de recursos; esto es, desestima la definición clásica de la ciencia económica. En este sentido llama la atención los intentos de hacer de Polanyi un marxista cuando, frente al determinismo economicista, antepone en clave casi weberiana la noción de una «configuración social» o contexto cultural, desde la que «reconstruir el campo de decisiones y actuaciones de un individuo». A ello, podría agregarse la misma recaída de Marx en la denominada «falacia económica», por mucho que quisiera superarla, en tanto conceptuaba en términos económicos todo el proceso histórico de la humanidad (Fuente Ortega, 2012).

en la actividad comercial y el abaratamiento de los costes de transacción: ferrocarriles, barcos de vapor, telégrafos, etc.; por no hablar de la difusión que iban adquiriendo las ideas de Adam Smith. Desde entonces se fueron abriendo paso los procesos liberalizadores, que se extienden con lentitud y timidez hacia Europa continental. Con todo, esta tendencia no triunfa aún en Estados Unidos, país que mantiene aranceles elevados hasta bien entrado el siglo XX, mientras su industrialización galopa hasta superar a Gran Bretaña. Más aún, el aperturismo queda ya no congelado, sino que va para atrás en entreguerras: entre 1929 y 1937 el comercio mundial se reduce a la mitad y la lección que se extrae es que cuando la liberalización comercial choca con los intereses nacionales, estos acaban por imponerse. Encontrar un equilibrio fue precisamente lo que se afrontó en Bretton Woods, bajo la consigna de establecer un librecambismo multilateral estabilizado en última instancia por Washington. De aquellos acuerdos nacieron el FMI, el Banco Mundial y el GATT. Es entonces cuando propiamente se conforma la «infraestructura de la globalización» posterior, registrándose en adelante un aumento del comercio mundial —entre 1948 y 1990— a ritmos medios del 7% anual.

Desde el punto de vista cultural, Occidente experimenta un progresivo cambio de costumbres y valores, sublimado en el hito simbólico del espíritu de 1968, y cuya explicación sociológica desentrañó Ronald Inglehart. Desde que este autor publicase en 1977 *La revolución silenciosa*, se fue constatando en las sociedades avanzadas un vuelco cultural, relacionado asimismo con el relevo intergeneracional y la consolidación de la clase media. Este vuelco implicaba que las pautas conservadoras, ligadas a la disciplina y la seguridad, se estaban viendo reemplazadas por creencias y conductas auto-expresivas, libertarias y ecologistas. Según la hipótesis de Inglehart —avalada por la empiria, y que secunda la lógica del determinismo económico—, la prosperidad supone un desentendimiento de los valores tradicionales («materialistas» los llama explícitamente) para dar paso a los denominados valores «post-materialistas». Al margen de esta tendencia, merece asimismo la pena evocar la proyección que ejerce Hollywood, o las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura entre 1950 y 1969. Igualmente, es indispensable aludir al liderazgo académico y científico-tecnológico que adquiere Estados Unidos en física atómica, ingeniería aeroespacial, genética, o telecomunicaciones.

Por último, desde una perspectiva política, es un tópico referirse a la Carta del Atlántico —suscrita en 1941 entre Franklin Delano Roosevelt y Winston Churchill— como el precedente inmediato de la Declaración de Naciones Unidas. Más aún: como el documento que entronca con los 14 puntos que propuso en 1918 el, justamente «idealista», Woodrow Wilson. Más allá de este idealismo

global, hay aludir, por un lado, a la constitución de la Alianza Atlántica en 1949, y por otro, a la sucesión de varias «olas democratizadoras», en términos de Samuel Huntington (1991) con las se instauró esta forma de gobierno en el sur y este de Europa. En esta línea, 1989 supone el cénit: un año culmen, una especie de fecha mágica en la que el idealismo, como «fin de la historia», más que culminar, inicia su andadura posthistórica. Por descontado, no puede ocultarse la carga de realismo que troquela toda la Guerra Fría; no obstante, el relato expuesto es el que se observa desde un enfoque *emic*, esto es, desde la perspectiva de unos actores que, en este caso, asumen el legado de Immanuel Kant. Es decir: piensan que todo ordenamiento jurídico se fundamenta en la ética del imperativo categórico; y consideran que todos los países, como Estados de derecho, llegarán a regirse por sistemas normativos que: i) internamente salvaguardan la autonomía y libertad de cada individuo, y ii) se abren exteriormente a una federación cosmopolita que desembocará en la paz perpetua. Dicho de otra forma: tras el caparazón del fin de la historia hegeliano de Francis Fukuyama habita un contenido kantiano.

3. Seamos cínicos (1989-2008)

Durante estos años el liderazgo unipolar de Estados Unidos determinó la evolución de los factores considerados, impulsando simultáneamente una globalización económica, cultural y democrática. Bajo el prisma económico, estos casi 20 años vienen marcados por la propagación del modelo anglosajón de capitalismo, en detrimento del intervencionismo estatal, ya anunciado tras los mandatos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en los años ochenta. Con la Unión Soviética fuera de juego, la internacionalización de la economía, unida al abaratamiento del transporte (vía *containers*) y de la comunicación (vía internet) generó la aparición de cadenas globales de producción. Esto incentivó la deslocalización de los procesos productivos y, en parte, desindustrializó a Occidente. A su vez, el sector financiero experimentó un giro en 1999 con la derogación en Estados Unidos de la ley Glass-Steagall. Gracias a ello bancos comerciales y de inversión pudieron volver a operar juntos.

Fue entonces cuando se crearon productos como los «derivados financieros», esto es: activos cuyo valor deriva de otro subyacente (una acción, una divisa, una materia prima)³. En esencia, los derivados son contratos a plazo, caracterizados por la distancia temporal que media entre el momento del acuerdo y el posterior intercambio efectivo. La complejidad de este producto se incrementa cuando, antes de su vencimiento, los derivados pasan a negociarse en un mercado que, como el que se está

(3) Explicación tomada de González Ferriz, 2020.

configurando entonces, es de circulación libre y global de capitales. Y su peligrosidad acecha al aplicarse a los créditos bancarios; aunque al principio los derivados se concibieron y emplearon, justamente, como un seguro para prevenir los riesgos de impago. Este esquema, estimulado desde la banca, fue el que proliferó en el mundo tecnológico durante los noventa y, ya la década de 2000, en el mercado inmobiliario. En este último sector, todo se basaba en la creencia combinada de que las personas podrían pagar sus hipotecas y los precios de la vivienda seguirían subiendo. En consecuencia, se pensaba que los hipotecados podrían refinanciar su deuda y los inversores podrían continuar enriqueciéndose sin fin. Nos encontrábamos, ciertamente, en un contexto de estabilidad macroeconómica y bajos tipos de interés, donde predominaba la convicción ideológica de que los mercados, dejados a su suerte, funcionan de forma racional, son eficientes y tienden a autorregularse. Así las cosas, la financiarización de la economía orientada al rentismo se disparó, en detrimento de la economía productiva.

La euforia del momento fue calificada, un tanto psicologistamente, de «exuberancia irracional» (Shiller, 2000), propulsada por un optimismo asociado al emprendimiento. Este optimismo —cabe insistir: de cuño idealista—, se aprecia igualmente en el continente europeo, justo cuando el euro se convierte en una realidad, y la batalla franco-alemana se concede una tregua. Realmente, como plasman los criterios de convergencia y el mandato del Banco Central Europeo, dicha batalla la ganó el modelo alemán (Brunnermeier, 2017). Así, frente a una visión latina más dúctil, se impuso el modelo teutón, que establecía reglas claras de política económica, levantadas básicamente sobre dos principios: i) cuentas públicas saneadas, de modo que el déficit entre gastos e ingresos no supere el 3%; y ii) estabilidad en los precios, llamada a mantener baja la inflación (prescribiendo tipos de interés altos).

Resulta en este punto frecuente subrayar, en clave weberiana, el peso la ascendencia religiosa sobre el modelo económico (Weber, 2012). Así, el individualismo protestante priorizaría la sujeción rigorista a unas normas definidas, presuponiendo que en el ser humano anida una naturaleza incorregible que le inclina al mal. En su lugar, desde el catolicismo latino, y aun sin negar tales propensiones, se invitaría (precisamente por ello) a atenuar la severidad normativa, ya que tampoco conviene dramatizar la desobediencia, como si esta fuese incomprensible y, por ende, inadmisibles⁴. Con todo, en el enfoque alemán también se encuentran razones históricas y técnicas. El fantasma de la inflación, como subproducto del endeudamiento que obliga a un país

(4) Quizá aquí quepa sugerir cómo la arbitrariedad conductual que se deduce del voluntarismo de Guillermo de Ockam —precursor de la reforma de Lutero—, pudo contribuir a la expansión de ese dramatismo, que tacha de escándalo irracional el pecado.

a acudir y depender de financiación externa, persigue a Alemania desde tiempos de entreguerras, por lo que sistemáticamente la evita. Por otra parte, mientras los latinos tienden a interpretar los desajustes financieros o presupuestarios como crisis de liquidez (a resolver vía ayuda pública), los teutones los consideran como crisis de solvencia, de modo que la solución requiere, ante todo, de reformas estructurales.

A la postre, la entrada del euro apuntaló el idealismo o, quizá sería mejor decir, refutó el euro-escepticismo, lo que quizá eclipsó dos realidades materiales a tener desde ahora en cuenta: i) la aportación de la UE al PIB mundial había bajado entre finales de los años setenta hasta finales de la década de 2000 del 35% al 25% (el incremento de las exportaciones chinas, entre 1995 y 2005, pasó del 11 al 36%); y ii) su población representaba ya la del 10% del mundo frente al 25% que todavía registraba a mediados de siglo (Sandell, 2011). Los llamados BRICS estaban emergiendo, o reemergiendo.

Ese aspecto demográfico es útil para entender los cambios en el plano cultural, puesto que parece validar la afirmación (aun paradójica) de que a mayor riqueza, menor descendencia, esto es, menor tasa de natalidad (al tiempo que aumenta la alfabetización, la esperanza de vida, la independencia laboral femenina o la urbanización). Evidentemente, esta tesis rebasa la escala occidental: en efecto, 2007 fue el primer año de la historia de la humanidad en que la población urbana del mundo excedió en número a la rural. A su vez, mientras la población pasó entre 1950 y 2000 de 2.000 millones de personas a 6.000 (un incremento del 140%), las proyecciones apuntan a una cifra de 9.000 millones para 2050 (una ralentización del ritmo al 50%) y de 11.000, ya en estabilización y quizá en descenso para finales de siglo⁵. Desde una perspectiva acotada a los países de nuestro entorno, es relevante recordar el notable incremento de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, desde tasas del 40% en 1960 a próximas al 60% en la década de 2000 (Ortiz-Ospina, Tzvetkova y Roser, 2018). Pues bien, lo que indican las sucesivas oleadas de la Encuesta Mundial de Valores, estudios que el citado Inglehart comenzó justo a dirigir a principios de los ochenta⁶, es que es el «post-materialismo» gana terreno conforme aumenta el crecimiento económico, en una suerte de globalización cultural (paralela a la económica) que exporta ideales nacidos en Europa. El debate planteado entonces era si ello iba generar una homogenización, incluso una «californización del gusto» (Ohmae, 1995), o bien una mayor diversidad cultural (en términos de des-occidentalización), aun inserta en una lógica capitalista occidental.

(5) Pueden consultarse las estimaciones del Banco Mundial en: <https://databank.bancomundial.org/source/population-estimates-and-projections>

(6) Véase: <https://www.worldvaluessurvey.org>

Al margen de esta cuestión, interesa observar la acomodación de los patrones de producción y consumo occidentales al inconformismo contracultural. *Rebelarse vende* rezaba un ensayo del momento (Potter y Heath, 2004). El espíritu individualista del emprendedor audaz se fusiona con el del libertario que se subleva ante el orden establecido. Dicho de otra forma: a partir de los años noventa la contracultura se hace *mainstream*. Así que ni siquiera es preciso jugar con los extremos: sencillamente el individuo de la clase media compagina espontáneamente en su vida cotidiana sacrificio y hedonismo. Según ha recordado González Ferriz (2020), así lo explicaba Marrk Lilla en mayo de 1998:

[a los estadounidenses] no les parece contradictorio tener trabajo en un mercado global sin restricciones —el sueño reaganita, la pesadilla de la izquierda— y pasar los fines de semana inmersos en un universo moral y cultural conformado por los años setenta. Trabajan [...] no ya para amortizar su deuda o crear una dinastía económica [sino] para obtener placeres efímeros, estatus y estima.

También se podría evocar la tesis de Thomas Frank (1997), que desentrañaría lo que encubre la contradicción: no es que las empresas se adaptasen a la contracultura, sino que en realidad la inventaron ya en los años cincuenta, centrando el objetivo de la publicidad al estrato de población en auge: la juventud (la publicidad, según Adorno, era el arte por excelencia del capitalismo). Sea como fuere, se consolida entonces la figura, como tipo ideal, del cosmopolita liberal-progresista, radicado en grandes urbes, desprejuiciado y cada vez más tecnologizado. Recordemos que Amazon, Google y Facebook (primera, quinta y sexta empresas, en 2020, más grandes del mundo) nacieron en 1994, 1998 y 2004. Y muy pronto Silicon Valley va a reemplazar a Hollywood como capital cultural del mundo, preservando su liderazgo tecnológico. Pero no adelantemos acontecimientos. Baste de momento aventurar la idea de que, al menos en la esfera del *Lebenswelt*, del mundo de la vida del cosmopolita liberal (el fruto maduro de la interpretación *whig* de la historia), la perspectiva kantiana va perdiendo entereza. Y esta se declina, más que en el hedonismo, en lo que Peter Sloterdijk llamó (anticipadamente) razón cínica: «una negatividad madura», una «falsa conciencia ilustrada», ya de vuelta, descreída, reducida al «sexo y la libertad de empresa» (Sloterdijk, 2003).

No obstante, el cinismo en política, cuando menos en «alta política», no puede prender, por más que el mundo se desmorone. El vacío de poder no existe; de ahí que, aunque el resultado de las guerras del Peloponeso condujese al desplome de la polis y a una filosofía en gran medida ajena a la territorialidad (el «cosmopolitismo» empieza con la escuela cínica), ese mismo resultado supuso a la vez la materialización de un proyecto imperial. De esta forma, al igual que Alejandro no iba estar a lo que dijese Diógenes, tampoco el Pentágono

estaba a lo que postulaban, póngase por caso, los post-estructuralistas franceses. Aunque quizá aquí habría que matizar que, lejos de ignorarlo, los neoconservadores a las puertas del poder en Washington estaban perfectamente al tanto de la indolencia cultural en boga. Otra cosa es que, salvo casos contados (como el de Daniel Bell), no apreciaran cómo la hipótesis weberiana que subraya la prevalencia de la ética protestante en el capitalismo debía contrapesarse (o simplemente, prestar más atención) a su lógica cultural atomizante.

En el campo político, finalmente, estos años constatan una euforia democrática que el 11S apenas alteró. Antes de que cayesen las torres, la globalización avivó el relato de que la expansión de la economía abierta conllevaría antes o después —y gracias al consecuente establecimiento de clases medias— la instauración de democracias por todo el mundo, incluso en China. Este determinismo económico no solo venía respaldado por el optimismo tecno-financiero («neoliberal»); también lo secundaba la socialdemocracia de la tercera vía, formulada por Anthony Giddens y puesta en práctica por Tony Blair, Bill Clinton o Gerard Schröder (González Ferriz, 2020). Hubo, cierto es, movimientos antiglobalización, tras cuya heterogeneidad se detectaba la estela de una izquierda postmarxista, institucionalmente demolida, pero en reconfiguración. Con todo, su empuje quedó eclipsado tras los atentados de 2001 que, a efectos ideológicos, transformó el programa de difusión democrática hacia una versión militar; «mesianica» también se dirá (del Águila, 2008).

Al margen de sus resultados, la década de 2000 ahondará en lo que se conoce como «fundamentalismo democrático» (Bueno, 2010)⁷, apuntalado ahora por la tesis neokantiana de Michael Doyle según la cual las democracias no se hacen la guerra. La cuestión invita a profundizar en los rasgos definitorios del concepto de democracia o, cuando menos en la distinción entre su dimensión institucional (técnica) y normativa (nematológica). Pero baste con indicar cómo el atractivo de la idea persistía, y los datos de Freedom House señalaban un incremento de 36 democracias en 1989 a 89 en el año 2008 (un 46% del total mundial). Otro botón de muestra se encuentra en una conferencia dictada en 2003 por Larry Diamond, que, bajo el título: «¿Puede el mundo entero ser democrático?», concluía:

El triunfo total de la democracia en el mundo está lejos de ser inevitable. [...] la democracia a escala global nunca ha sido más imaginable y alcanzable. La historia ha probado que es la mejor forma de gobierno. Culturalmente, es cada vez más valorada de forma universal. Aunque sea sólo por motivos internos, la eventual democratización del país más grande del mundo —China— parece cada día más probable, y este acontecimiento tendrá enorme influencia en los restantes regímenes autoritarios.

(7) El rastreo de este rótulo, desde principios del siglo XX, puede consultarse en: <https://filosofia.org/ave/002/b022.htm>

Ahora bien, quizá debido al momento unipolar en el que se sentía imbuido Estados Unidos, así como por la prioridad que se concedió a la agenda de seguridad, la plasmación avanzada de un sistema político multilateral —de «gestión colectiva de las interdependencias globales» (Vallespín, 2003)— no salió del circuito académico. Ejemplos como la parálisis de la Ronda de Doha de la Organización Mundial del Comercio en 2003 (creada ocho años antes), los rechazos en referéndum al Tratado de la UE en 2005, o la irrupción del Frente Nacional en Francia —llegando a la segunda vuelta de las presidenciales en 2002—, ya revelaban en los planos internacional, europeo o nacional, la fragilidad del discurso idealista.

4. La historia interminable (2008-2020)

Esta última fase refleja una turbulenta década de transición a lo que denominamos «retorno de la materialidad». Justo en 2008 el historiador Robert Kagan publicó su libro *El retorno de la historia y el fin de los sueños*; poco después también aparecerá otro título sintomático: *La venganza de la geografía* (Kaplan, 2012). No obstante, lo que hizo de 2008 un año clave fue la Gran Recesión, una crisis económica que afectó, en primera instancia, a los países desarrollados, liquidó el optimismo occidental y detuvo en seco el ideal progresista de un mundo cortado bajo el patrón ilustrado.

4.1. El globo se desinfla

Las causas de la crisis ya se han apuntado: burbuja inmobiliaria; colusiones entre sistemas financieros dispares sin reglas comunes; y emergencia de potencias, ante todo de China, que crece a partir de un modelo intensivamente exportador. La crisis puso además de manifiesto la ausencia de una arquitectura de gobernanza global, que se palió muy provisionalmente con la refundación en noviembre de 2008 del G20. Ya en su Cumbre de 2009 se acordaron las medidas más urgentes para reimpulsar la economía, y se creó el Consejo de Estabilidad Financiera. Y en convocatorias sucesivas se intentó definir un marco para la pospuesta gobernanza global.

Recuperemos algunos de sus puntos (Steinberg, 2011): i) equilibrar el crecimiento mundial con el fin de evitar guerras comerciales (acordando, por ejemplo, la apreciación del yuan); ii) coordinar una nueva regulación financiera; iii) adoptar iniciativas de lucha contra el cambio climático (para reducir la emisión de gases invernadero); o iv) reformar el FMI para ampliar la cuota de representación de los países emergentes. A toro pasado, sabemos que —de hacerlo—, los avances han sido tímidos, fluctuantes (como muestra el Acuerdo

de París, adoptado en la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático en 2015), o acaso irrelevantes (China fundó en 2014 el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura sin esperar a tener mayor presencia en las instituciones occidentales preexistentes).

Para el caso que nos ocupa, se sabe igualmente que, respaldada por la Reserva Federal, la salida de la crisis en Estados Unidos se produjo de forma más veloz que en Europa. En esta primó la estrategia de la austeridad, es decir: Alemania impuso su visión. Quedó por tanto descartado el recurso de la unión fiscal (esto es, la posibilidad de emitir deuda pública comunitaria —los célebres eurobonos—, mutualizando el sacrificio). Y ello incluso a sabiendas de que dicha visión bloqueaba el crecimiento. Aun bajo el efecto lenitivo del «*whatever it takes*», palabras pronunciadas en 2012 por el entonces presidente del BCE, Mario Draghi, que prolongaba la política de «tipos bajos», de lo que se trataba a ojos de la élite alemana era de preparar al continente para un mundo más competitivo. Un escenario, cierto es, en el que China llevaba creciendo desde 1980 a un ritmo del 10% anual, y todavía lo hacía en tasas cercanas al 8% a mediados de década.

La cuestión clave para estos años era que, además de una rivalidad geopolítica, se estaba produciendo una modulación estructural de la economía internacional, dando paso a la «desglobalización». Una de las primeras señales se detectó a finales de 2013, de resultas del flojo crecimiento observado en Estados Unidos. Se habló entonces del «estancamiento secular», que asimismo afectaría al resto de economías avanzadas y en el que revertir la disminución del paro y los niveles de deuda se tornaría casi inviable. El problema de este escenario —motivado, supuestamente, por la baja productividad tecnológica y el declive demográfico— es que si las políticas expansivas no aumentan la demanda, la persistencia de «tipos bajos», en vez de generar inflación, crean más burbujas. Dicho de otro modo: de darse el caso, la economía solo crecería a ciclos, a golpe de crisis y burbujas.

No obstante, los síntomas más notorios empezaron a constatarse con nitidez a partir de 2015, cuando se sospecha que la globalización «ha tocado techo». Así lo apunta la ralentización del comercio global, que pasa del 7% entre 1992 y 2006 a menos del 3% desde 2012. Y lo hace debido a factores como la parálisis de las cadenas globales de valor, el cambio de modelo productivo chino —menos volcado a la exportaciones—, o la implantación de procesos de automatización industrial que hacen menos relevantes los costes de producción (Fanjul, 2016). Desde Estados Unidos y parte de Europa, se pensó en aquellos años que una vía para relanzar el crecimiento y, de paso, obstaculizar la emergencia china, pasaba por suscribir acuerdos de libre comercio de amplio espectro (megarregionales), como el Acuerdo

Transpacífico de Cooperación Económica (TPP), el TIPP, el CETA, etc., dando impulso a una reglobalización esta vez regionalizada.

Pero la victoria de Trump suspendió este empeño. Su política económica se basaba (puertas afuera) en un proteccionismo dirigido a eliminar los déficits comerciales, vía aranceles, y (puertas adentro) en la reforma fiscal de finales de 2017, vía reducción de impuestos. Y esto pareció funcionarle: a mediados de 2019 la economía estadounidense crecía a un 3% y el paro estaba en el 4,5. Pero puede que solo funcionase en apariencia. Y es que las bases de esta pujanza eran frágiles: los niveles de desigualdad no acababan de estrecharse, el paro real probablemente duplicaba la cifra oficial, la esperanza de vida de la población blanca sin formación siguió descendiendo; y los aranceles, más que beneficiar a Estados Unidos, perjudicaban a China y Europa (Otero, 2019). Pero quizá lo más importante fue que los gigantes tecnológicos ganaron todavía más fuerza en detrimento de la proclamada reindustrialización del país. Así, gracias a los ingresos que obtuvieron con la bajada de impuestos, tales empresas dispusieron de más liquidez para absorber a sus rivales: el oligopolio digital que reflejan las siglas GAFA (Google, Apple, Facebook, Amazon) cristalizó.

Adviértase en este punto el poder de unas empresas que han protagonizado lo que se denomina proceso de «convergencia tecnológica», esto es: de acaparamiento de producción de contenidos (noticias), y de capacidades de telecomunicación e informática, incluyendo el hardware (ahí está hoy la batalla por los semiconductores de silicio o germanio; pura materialidad). Ahora bien, todavía más importante es, en este ámbito, resaltar el impacto de la economía digital —íntimamente ligada a la automatización— sobre la contracción de la industria manufacturera⁸. Y, por extensión, sobre el vaciamiento de las clases medias, ante todo occidentales: recuérdese la curva del elefante de Milanovic⁹. Esto se debe, en primera instancia, a la divergencia entre productividad y rentas del trabajo: las nuevas empresas no necesitan tantos trabajadores como requería la producción industrial (General Motors llegó a tener 800.000 empleados) (Muñiz, 2020) Y, por otra parte, a que aun cuando la digitalización pueda generar nuevos empleos, no van a ser trabajos poco cualificados. Pero es que además, a ello va unido la baja presión fiscal de la que disfrutaban las tecnológicas (si es que no recurren

(8) Sin perjuicio de los estudios de David Autor sobre la repercusión de las importaciones chinas sobre el empleo manufacturero en Estados Unidos.

(9) El economista Branko Milanovic presentó en 2016 un gráfico, que evocaba la silueta de un elefante, en el que se reflejaba el crecimiento del ingreso real acumulado entre 1988 y 2008. En él se apreciaba cómo, a escala global, el 2% más pobre había visto crecer sus ingresos un 22%, y que los ubicados en el punto medio de la distribución (la «clase media») incrementó sus ingresos en un 70%; no obstante, ello vino acompañado por el estancamiento de las clases medias occidentales.

a la ingeniería fiscal de elusión de impuestos), y a su concentración en determinadas áreas geográficas. Es así como la fisura entre élites y pueblo se agranda y entronca con las brechas de urbe/periferia; cosmopolitismo/nacionalismo e, incluso, economía financiera versus economía productiva (Hernández, 2020)¹⁰. Porque el uso de la financiarización como rentismo pervive, en tanto los grupos financieros inciden en la ya citada prevención de riesgos. Es decir: lo que procuran es crear futuro y asegurarse ganancias. Así funcionan los fondos de capital riesgo, los *hedge funds* que asumen a precio de saldo las acciones de empresas endeudadas e intervienen en su gestión para recoger beneficios una vez saneadas. Los problemas llegan cuando los gestores de estos fondos desconocen el sector de las empresas que pasan a controlar o, aún peor, determinan —en su función de acreedores— el rumbo de los gobiernos, resucitando el temor de la revolución gerencial que postuló James Burnham en 1941.

A esta hipótesis, Hernández añade otra, de calado histórico: se trata de la intuición de que el mundo occidental asiste a un revival de los años treinta. Una época en la que Alemania, más que producir un totalitarismo basado en el capitalismo de Estado, vive una privatización estatal. Según explica Franz Neumann en su libro *Behemoth*, la Administración pública se amoldó entonces a los intereses de un capitalismo que, previamente, se había concentrado en pocas manos. Esta tendencia, que transita desde un capitalismo más o menos liberal hacia un conservadurismo autoritario, monopolístico, proclive al proteccionismo y, a fin de cuentas, antiliberal, sería —bajo el prisma marxista de Arthur Rosenberg—, un proceso consustancial al modo de producción burgués. Por descontado, el planteamiento es discutible. Pero la cuestión radica en preguntarse si el capitalismo oligopólico se está (o se estaba, a finales de 2019) imponiendo en Estados Unidos. Y si eso no preanuncia el colapso del país.

4.2. La revancha de los novatos

Lo antedicho se plasma en una modulación cultural que, al menos en Occidente, altera el auge de los valores post-materialistas. Era de esperar que, en un contexto de contracción económica, la incertidumbre implicase una re-adhesión hacia la seguridad y el orden, ante todo entre los «perdedores de la globalización». Ya se intuía a principios de 2010 (Díez Nicolás, 2011), y se ha ido constatando empíricamente —esto es: electoralmente— sobre todo desde mediados de década. Este retorno a la materialidad moral lo protagoniza una clase media en declive, propietaria de pequeños negocios, envejecida,

y cada vez más «periférica» (ya sea rural, ya alejada del centro urbano)¹¹. Aun simplificando mucho, se trata de lo que en Estados Unidos se llama *white trash*, basura blanca, los deplorables, los palurdos sin formación, pero que se resisten a perder el estatus social disipado desde mediados del siglo XX. Y que, desde esta resistencia inicial, se han alzado contra los valores post-materialistas de una élite progresista entregada al pensamiento políticamente correcto.

Por razones de claridad, hagamos un breve inciso sobre este tipo de pensamiento. Estamos ante una mentalidad fundada en lo que el biólogo Bernard Davis denominó «falacia moralista» (contrafraz de la «falacia naturalista»): invirtiendo la fórmula de David Hume, ahora «lo que es» debe ajustarse, incluso en ciencia, a lo que «debe ser». Se trata de una corriente larvada en los campus estadounidenses en los años setenta, puesta en circulación social durante los noventa y enfatizada hasta el paroxismo en el victimismo identitario de nuestros días. Cabe rastrear dos fuentes (entre otras muchas) de este pensamiento: la Escuela de Frankfurt y la obra de Nietzsche (Linde, 2011, y Lamo, 2019). La primera vitupera el legado de la Ilustración, porque esta prioriza la lógica de una razón instrumental, ciega —pese a sus buenas intenciones— a la emancipación humana. La carga de Nietzsche es quizá más profunda: embiste contra la propia realidad de los hechos positivos. Recordemos: «no hay hechos, solo interpretaciones», principio en el que asoma la herencia del idealismo romántico contra-ilustrado del finales del XVIII. Aquí está el germen de la idea de realidad como construcción social. Y también el de los «hechos alternativos», de las *fake news*.

En todo caso, ambas fuentes secundan la tesis del relativismo cognitivo, toda vez que el conocimiento no sería sino un subproducto de la voluntad de poder, o bien —según los frankfurtianos— el resultado de una racionalidad estratégica tutelada por el capital, al menos mientras no persiga intereses emancipatorios (sea esto lo que sea). Igualmente, ambas teorías recibieron una generosa recepción en la academia de Estados Unidos, a través de Herbert Marcuse, por un lado y el post-estructuralismo francés, por otro (unidos bajo el espectro de Freud). Allí se consolida el giro hacia la «filosofía de la diferencia», bajo la que se presenta una ética de la identidad (sentimental y afectiva) que deja de lado el análisis las cuestiones laborales o económicas: «materialistas». Fue entonces cuando la élite académica desplazó el eje del debate del problema de la redistribución económica al del reconocimiento identitario, particularmente hacia las minorías oprimidas.

(11) El geógrafo francés Christophe Guilluy ha popularizado esta expresión para referirse al conjunto de población mayoritaria (autónomos, obreros, jubilados, pequeños comerciantes, campesinos, parados) sometido a una gradual desatención pública, forzado a recluírse en la periferia de las grandes metrópolis —o en pequeñas ciudades— y, lo que resulta igualmente importante, expuesto a un premeditado ostracismo ideológico y cultural (véase Guilluy, 2018).

(10) En lo que sigue acudimos a la tesis que presenta Esteban Hernández en su libro *Así empieza todo*. Aun publicado tras la llegada de la pandemia, en él se perfilan los rasgos del mundo económico-financiero (además de social y cultural) de finales de la década de 2010.

En el contexto de prosperidad descrito, ello rebasó el recinto de los campus, y se expandió hasta que se desencadenaron las «guerras culturales». Estas no son nuevas: el neoconservadurismo o la nueva derecha post-68 acumulan medio siglo de producción teórica, aun sin difusión masiva. Ha sido realmente ahora, durante la década de 2010, justo cuando la prosperidad se ha detenido en Occidente, cuando ha ganado presencia pública, mediática. Y así asistimos a una reacción políticamente incorrecta, «contra-contracultural», asimismo identitaria (aunque de la identidad todavía mayoritaria) cuya última inflexión ha cobrado de nombre de «derecha-alternativa» (*alt-right*).

Tiene su interés observar cómo este movimiento, pese a su defensa de valores materialistas, se abre a incorporar —al igual que hicieran los contrarrevolucionarios Louis de Bonald o Joseph de Maistre— componentes modernos (ahora postmodernos, libertarios), tales como el ecologismo o la simpatía por el mundo homosexual. Se trata de una especie de rebeldía desprejuiciada y extravagante que enarbola (con una ambivalencia a menudo deliberada), los usos de la ironía y la libertad de expresión. A título informativo, en ocasiones se ha vinculado a esta derecha con la corriente de la «Ilustración Oscura» anti-igualitaria, incluso tecnotópica, perpetrada acaso desde Silicon Valley. No obstante, para otros la «siliconización del pensamiento» no sería, precisamente, sino el producto más depurado de la élite oligopólica digital. Al margen de este debate, no hay duda de que se ha propagado una mentalidad anticomopolita y territorializada, orgullosa de su nación y tradiciones, y lo ha hecho por razones principalmente económicas (bajo un enfoque *etic*), ligadas a la lógica materialista de clases, no a la post-materialista de identidades (en las que se encuentran inmersas, *emic*, las «guerras culturales»).

4.3. «El pueblo soy yo»

Desde el punto de vista político, la novedad de la década consiste en la eclosión de un populismo justamente anti-elitista que crece a la par que el atractivo de las democracias decae. Resulta irónico, e incluso invita al cinismo, constatar cómo el mismo Larry Diamond que postulaba la democratización del mundo a principios de siglo, empezó a hablar de recesión democrática a finales de 2009, y coordinó incluso un monográfico sobre la materia seis años después. Los indicadores anuales acerca del estado de la democracia en el mundo —elaborados por *The Economist*, Freedom House, o V-Dem Institute— no registraban todavía un repunte del autoritarismo (lo han empezado a hacer en 2021) aunque ya iban apuntando a cierto deterioro de su calidad. Hubo que esperar a 2016, con el triunfo del Brexit y la victoria de Trump, para que se encendiesen las alarmas.

Analizar la avalancha de estudios sobre el tema supera las ambiciones de este texto. Acaso la mejor forma de explicar «cómo mueren las democracias» (según reza uno de los títulos más célebres, el de Steven y Ziblatt, 2018) sea acudir a Aristóteles. Es decir: por la desaparición de la clase media y el advenimiento de los demagogos. A estos, en nuestro siglo XXI se les puede identificar con los populistas, en tanto este fenómeno se limita al intento de conquista el poder en nombre del pueblo pulsando las teclas emocionales precisas. Entonces (siglo V antes de Cristo) se acudía a la retórica; hoy a la desinformación y las redes sociales. Nada nuevo bajo el sol, aunque ciertamente frente al populismo las democracias actuales conservan, mal que bien, un componente diferencial que merece detenimiento: su adjetivación liberal. No nos referimos aquí al aspecto doctrinal de este concepto, sino a su dimensión institucional. Y es que en su origen el liberalismo, más que a una ideología, alude a un diseño organizativo del poder fundado en un sistema de contrapesos orientado a evitar su concentración en una sola instancia. No por casualidad nació por oposición al absolutismo, y a partir de ahí desplegó paulatinamente un conjunto de mecanismos (imperio de la ley, separación de poderes, sufragio universal, acceso equitativo a la información, etc.), y estableció un marco abierto para la controversia, una esfera pública de debate tasada por criterios comunes —esto es: racionales— de argumentación.

Debe subrayarse que hablamos de una propiedad aséptica, aunque determinante, de la democracia liberal, que la abre a un pluralismo contrapuesto por definición al idealismo político. Así, liberal es quien, sin renunciar a ellos, sabe que no va a poder alcanzar sus propósitos finales¹². De modo que puede haber liberales de todas las ideologías, pero no puede haberlos populistas (al margen de que unos y otros tiren igualmente de sofisterías). En el populista en cambio encontraríamos a un idealista obcecado por derribar el marco institucional previo, en el que detecta el origen de una engañifa, de la patraña sobre la que se articula el *establishment*. Lejos de resultarle neutro o aséptico, ese marco se le aparece trufado de doctrina, de modo que el objetivo consiste es forzar un momento fundacional, constituyente, en el que un nuevo marco establezca otras reglas de juego. El razonamiento no carece de lógica, salvo que a la postre desemboca en lo que ya está inventado (otras instituciones, normas y protocolos de actuación). A no ser que quiera enquistarse en la espiral de un proceso constituyente en bucle, inoperativo.

(12) Puede encontrarse un desarrollo más extenso de estas ideas en las cuatro entradas que el profesor Manuel Arias Maldonado escribió para la Revista de Libros, entre septiembre y noviembre de 2020, bajo el título: «La mutación de la democracia liberal».

Pero no se trata ahora de disputar sobre quién resulta más idealista, si el populista o el liberal¹³. De lo que se trata es de subrayar cómo el idealismo liberal ha quedado quebrado en el último lustro. Un idealismo explícito y deliberado que, según se han avanzado anteriormente, tomó el nombre de «orden internacional liberal», arrancó en 1945 —aun todavía como subsistema global marcado por la bipolaridad de la Guerra Fría— y cuya ruptura germinó en 1989, si es que aceptamos el planteamiento del internacionalista John Ikenberry (2018). De este modo, fue la propia globalización económica la que habría propiciado el auge de economías emergentes y, a su vez, la brecha de desigualdad socioeconómica que padecen las occidentales. Y así ha sido como, por un lado, China se ha plantado como potencia rival de Estados Unidos, y no solo en clave tecnológica y comercial: a su vez, la efectividad de su tecno-autoritarismo se presentaría, aun indirectamente, como una alternativa atractiva para gran parte del globo¹⁴. Y como, por otro, la desigualdad y consiguiente disolución de las clases medias ha favorecido el ascenso populista, al que también se llama iliberalismo. Todo ello, en fin, explicaría no solo la victoria de Trump, una especie de Cleón redivivo —rudo, oligarca, torpe, mentiroso, obsesionado con China, en el papel de Esparta, y despreciativo hacia la nobleza—; sino también la articulación del grupo de Visegrado, bajo la órbita de Hungría¹⁵. E incluso la amenaza de una suerte de internacional reaccionaria, orquestada por el sofista Steve Bannon. Resultado: un mundo pre-Covid desglobalizado, proteccionista y antidemocrático: un distopía en marcha que, en gran medida, parecía no tener fin en vista de las buenas expectativas electorales de Trump.

5. 2020: volver a empezar

Y entonces llegó la pandemia, con su aura tangiblemente distópica, apocalíptica, de calles vacías, y ruina económica. Llegados a este punto vamos a centrarnos, primero, en ofrecer una breve presentación de lo acontecido en 2020. Seguidamente nos detendremos en el escenario post-Covid a corto plazo, aplicado sobre nuestros planos de análisis. Empecemos pues por el 11

(13) De hecho, cabe desdoblarse el debate en varios planos: al igual que hay realismo en el populista que anhela el poder, hay idealismo en el liberal que aspira al fin de la historia

(14) De ahí también que se empezase a hablar de su empuje internacional bajo la imagen de la «trampa de Tucídides» (Allison, 2017), por cuanto el reemplazo en la hegemonía mundial puede desencadenar, según dicta la historia, una guerra.

(15) Pese a sus evidentes puntos de conexión, sería en todo caso simplificador identificar el «iliberalismo» de los países europeos occidentales con el de los países de centro y este de Europa. Lejos de quedar gradualmente eclipsadas como un producto anticuado en el magma postmaterial del individualismo cosmopolita, la religión y las tradiciones constituyeron en estas sociedades un refugio moral (sistemáticamente perseguido), que hilaba con un pasado pre-totalitario pero que tras la caída del Muro y la entrada en la Unión parece que había que desechar; de ahí la resistencias (ver: Delsol, 2019).

de marzo de 2020, cuando la Organización Mundial de la Salud declara la enfermedad del coronavirus como pandemia.

De forma casi inminente se produjo un repliegue político, económico y cultural. Solo 15 días después un tercio de la población mundial estaba en confinamiento: 2.600 millones de personas. Los gobiernos aplicaron modalidades graduadas de «estados de excepción» y sin duda Occidente dejó de golpe de ser post-territorial. El PIB mundial cayó un 5% y el comercio un 9% (resultando más dañado el de servicios que el de bienes). La personas, reclusas, demandaron seguridad y se nuclearon en su entorno familiar. Rápidamente surgieron las especulaciones sobre los efectos de la pandemia: todo cambiará; nada lo hará; algunas cosas sí, otras no. Lo más verosímil, era considerar que persistirían la mayor parte de las tendencias del pasado, incluso aceleradas. Enseguida lo veremos. Pero antes conviene subrayar cuatro consideraciones, aun quizá un tanto obvias.

La primera, no por repetida, merece desatención: la pandemia no ha sido un «cisne negro»¹⁶. Se han sucedido en la historia y la mayor parte de los informes de seguridad nacionales la incorporaban como riesgo. Otra cosa es que pocos países hiciesen caso. La segunda consideración es factual, cruda, inmediatamente material. Se trata de la realidad biológica del virus. Por tanto, excepto quizá para los negacionistas, el «constructivismo social» ha quedado en ridículo. La naturaleza existe y repercute sobre la sociedad. O mejor dicho, estamos envueltos en un entramado socio-natural del que formamos parte. Influimos sobre él y nos influye, al margen de cómo se disponga cada uno ante ello o de la normatividad que establezca el Estado. Esta influencia mutua ha cobrado, justamente, el nombre de «neo-materialismo» en la obra de las politólogas Samantha Frost y Diana Coole (2010)¹⁷. Retengamos lo obvio: la carga sobre el idealismo es profunda: el solipsismo que, en última instancia, se fundamenta en el principio antrópico de Kant, no sirve. La tercera cuestión, no tan inmediata, pero que se averiguó en poco tiempo, procede de los propios atributos del virus: en términos de letalidad, afecta más a las personas mayores, menos a las mujeres que a los hombres y acaso lo más peliagudo: no es tan grave como para que la población acate decisiones que restringen derechos fundamentales; ni tan poco grave para dejar de hacerlo. Por último, el cuarto apunte es de calado interpretativo, pero no concierne a los efectos del coronavirus, sino a las causas de su propagación. Y es que hay una especie de consenso que identifica como factor explicativo la caracterización de la globalización

(16) Expresión acuñada por el profesor Nassim Taleb para referirse a sucesos improbables que, de ocurrir, generan repercusiones de magnitud histórica.

(17) Tal imbricación entre naturaleza y cultura podría estar en la misma longitud de onda que la tesis epigenética de fusión entre herencia y ambiente, según proponen especialistas en la materia como Eva Jablonka.

que propuso Ulrich Beck. Para este, la globalización es un proceso inherente a la modernidad que genera amenazas incalculables. Más en concreto, la reflexividad de una segunda modernidad —ya post-industrial, y que pretende consumir una autorrealización individualista que deje atrás las tradiciones— viene acompañada por un incremento de riesgos. Sin negarle su parte de razón, el profesor Arias Maldonado ha sugerido una alternativa: el factor decisivo radicó en la ausencia de protocolos sanitarios en China. Es decir, en la falta de aplicación de un principio básico en las sociedades avanzadas: el control de la seguridad alimentaria. Lejos de ser un producto de la modernidad, la enfermedad eclosiona en un contexto casi preindustrial. Su repercusión, según nos recuerda el mismo Arias Maldonado, nos hace pues recuperar la máxima de Bruno Latour: «nunca fuimos modernos» (si por modernidad entendemos la declinación racional del protestantismo, algunos menos que otros). Estos enunciados que, menos el último, son más juicios de hecho que de valor, no sitúan ya en la antesala final de esta exposición.

5.1. Es la bola de cristal

Procedamos de nuevo a un análisis en tres capas, que ahora apuntan al porvenir próximo (siempre en Occidente) a dos años vista. Primer plano: económico. El interrogante que se suscita es, ¿más desglobalización? Eso pareció al principio y seguramente continuará sucediendo. La tendencia viene de atrás: ralentización del comercio global, homogenización de salarios y menos razones para deslocalizar, y tanto más ahora por cuanto el confinamiento ha destapado los riesgos de las largas cadenas de suministro. En Europa no había mascarillas y, al menos hasta finales de 2020, en ella no se producía ni una cápsula de paracetamol. Pero no solo se trata de la salud, sino también de alimentación, de suficiencia energética, o de pura seguridad.

Ahora bien, aun con esto, que sigue produciéndose en un escenario de restricciones a la movilidad de personas y bienes, la llamada «economía del conocimiento» seguirá siendo global, incluso se ampliará. Y más adelante, para cuando la vacunación se expanda (aunque ni el 20% lo estará en África a final de 2021) lo previsible es que la globalización se regionalice, articulada sobre áreas comerciales parecidas a los que se intentaron impulsar a mediados de década de 2010. De hecho, en algunos proyectos ya se ha puesto en marcha. Ahí está el nacimiento de la mayor zona de libre comercio del mundo, la Alianza Integradora Económica Regional, suscrita en noviembre de 2020, e integrada por 15 países asiáticos (entre ellos, China, Japón, Australia, Indonesia o Tailandia), y que excluye a Estados Unidos

Por lo demás, la evolución del impacto económico sigue al albur de los ritmos de vacunación. No obstante, las correcciones actualizadas del FMI sobre las

previsiones, al menos en las economías avanzadas, no varían demasiado. Tras la caída del 7% en la UE y del 3,5 en Estados Unidos se prevé que estas crezcan un 8 y un 10% en el acumulado de 2021 y 2022 (China por cierto, siguió creciendo aun al 2% en 2020 y lo está haciendo en 2021 al 7%). A nuestros efectos, lo más relevante ha sido la liquidación de las políticas de austeridad: el keynesismo ha vuelto, y puede que para quedarse, ya veremos hasta cuándo (conviene recordar que Keynes, lejos de proponer un enfoque anticapitalista, se centró en hacer viable el capitalismo desde planteamientos neoclásicos —no en balde era discípulo de Alfred Marshall—; eso sí: procurando corregir la cadencia inherente de expansión y crisis del capitalismo)¹⁸. Pero lo ha hecho de forma distinta según observemos las políticas de recuperación aplicadas en Estados Unidos o en Europa. En el primer país, estas suman 1,8 billones de dólares (el doble que en Europa), de los cuales el 20% son ayudas directas a la personas, a lo que se agregan 2 billones más para infraestructura, tecnología y energía. Ciertamente, su deuda pública se ha elevado al 150%,

(18) Resulta pertinente señalar que la originalidad de Keynes vino influida por el devenir de la historia. Es decir: el acervo científico-económico acumulado hasta la década de los años treinta no estaba preparado para el impacto que supuso el crack de 1929, ante todo en términos de empleo. A su vez, el modelo tradicional que, hasta finales del XIX, correlacionaba ahorro e inversión estaba fallando. Y ello en tanto ya no solo ahorraban los adinerados, sino que lo empezaba a hacer una clase media emergente, a menudo no tan motivada en reinvertir sus rentas como los empresarios. Y también porque los mismos empresarios comenzaron a calcular la expectativa de sus operaciones, antes de lanzarse a expandir —vía inversión— sus negocios. En consecuencia, contraviniendo las premisas del pensamiento ortodoxo, se abrió paso la praxis de la intervención gubernamental, orientada al estímulo, antes incluso de que nadie formulase sus fundamentos analíticos. Fue Keynes quien se encargó de dotar de soporte argumental a prácticas ya en marcha, como el New Deal, constatando, en primer lugar, que las bajas tasas de interés que generan las depresiones (como mecanismo de autocorrección del mercado), ya no reactivaban automáticamente la bonanza económica. Y evidenciando, a continuación, la posibilidad de que la depresión perdurase en el tiempo, agotando en consecuencia los ahorros. El efecto más dramático de tal escenario se refleja en el desempleo. La receta consistió, pues, en tirar de gasto público para, ante todo, aumentar la demanda e incrementar el consumo, con el fin de reanimar el sistema. El debate sobre las ventajas de la intervención gubernamental no quedó en todo caso zanjado, y sigue en pie. De hecho, los razonamientos que ya dieron entonces los críticos del intervencionismo se asemejan mucho a los actuales: no es la desregulación lo que recrudece las crisis, sino la obstrucción de los sindicatos y la rigidez de los salarios. No es la competición lo que desvirtúa el sistema, sino la tendencia monopolística de las grandes empresas, que enturbian el libre comercio y acaban controlando el sistema de fijación de precios. Y, más aún, la intervención sería contraproducente por cuanto contribuiría al desprestigio de las empresas, desincentivando la iniciativa privada y dando alas al socialismo. A la postre, agregan, la autocorrección se termina produciendo y se trata pues de tener paciencia. Aunque «a largo plazo, todos muertos», replicaba Keynes. Desde el punto de vista mediático, este debate es el que confrontó a Keynes, triunfador del momento, contra Hayek, condenado a la irrelevancia hasta los años setenta. En todo caso, lo cierto es que las diferencias entre ambas figuras no eran tan grandes, toda vez que coincidían en un objetivo final: acertar con el mejor marco para favorecer la competencia. Lo que sucede es que el austriaco lo hacía acentuando la relevancia del nivel micro, y expresando un recelo continuado ante el sobredimensionamiento del Estado, mientras que el británico alertaba sobre los peligros de un *laissez-faire* dejado a su aire. No obstante, incluso Hayek defendió en *Camino de servidumbre* la conveniencia de contar con un sistema mínimo de prestaciones sociales, en materia de salud y educación.

pero los bajos tipos de interés y el hecho de que el dólar sea moneda de reserva, conceden margen a la expansión.

Por su parte, los estímulos activados por la Unión Europea, a través del programa Next Generation (750.000 millones adicionales a los 1,1 mil millones del presupuesto plurianual comunitario 2021-2027), apuestan por un modelo ligado a la transformación de la economía, por medio de iniciativas climáticas y de digitalización. Y aquí vienen las dudas puesto que, una vez se desactiven los mecanismos de protección social, el reto será absorber los fondos, y encauzarlos hacia tales sectores (coches eléctricos, hidrogeno verde, etc.). Esto implica que unas empresas saldrán ganando y otras no. Pero más allá de esto no parece prudente aventurarse mucho más, al margen de que asomen un par de amenazas: primera, la un sobrecalentamiento inflacionista por un aumento de la demanda por encima de la oferta, que suba los tipos y provoque una nueva crisis. Segunda: la que generan los nuevos gigantes financieros, los fondos de inversión pasiva orientados por los criterios ASG (ambientales, sociales y de buen gobierno) que, aunque solo replican y no buscan batir los índices del mercado, pueden de nuevo acabar acumulando el poder de determinar la política (Hernández, 2021). Por lo demás, nada asegura que los «perdedores de la globalización» vayan a beneficiarse de ese mundo. No es difícil prever que la población poco cualificada y periférica no se va a digitalizar instantáneamente.

Vayamos a la siguiente pregunta: ¿más identitarismo material? La cierto es que el análisis sobre la evolución cultural resulta esquivo, puesto que aunque el cambio de costumbres ha sido intenso, aún es difícil precisar qué rutina acabará siendo la victoriosa («las normas, consideradas desde una perspectiva genética, son las rutinas victoriosas», Bueno, 1996). Intuitivamente, el repliegue domiciliario y el temor al virus, unido a la crisis económica, parece que incrementaría los valores de orden, seguridad y, de alguna forma, retorno a la familia. No obstante, y así lo reflejan los resultados de un sondeo publicado en febrero de 2021, y codirigido por Inglehart y Martijn Lampert, las tendencias son ambivalentes. Y es que, por un lado, han aumentado el miedo y el pesimismo, la frustración y la confianza en el entorno social, y ha declinado el espíritu hedonista. Pero, por otro, se ha incrementado una, diríase, conciencia comunitaria, preocupada por la igualdad social, la recuperación de las libertades, y un crecimiento inclusivo, y no tan desigual.

Este cuadro no es tan contradictorio: da la impresión de que hay menos cinismo y también muestra, de forma consistente, anhelos de sociedades en las que se sigue desguazando a sus clases medias. Acaso lo más complejo sea interpretar la combinación entre el comunitarismo en auge y un individualismo que no decae. A título de hipótesis, podría sugerirse la influencia de las redes sociales, como generadoras de burbujas y nichos

ideológicos, esto es, de un pensamiento «en enjambre» (Han, 2014), a medio camino entre la atomización social y la consolidación de una conciencia colectiva, ya sea de clase, popular, o nacional. Persistiría así la fragmentación propia de la lógica tribal, identitaria, que sigue jugando a las «guerras culturales» exasperando una polarización desde la que es imposible ponerse de acuerdo en nada. Con todo, quizá la magnitud de la crisis erradique estas lógicas. Entretanto, y esto ya no se formula en términos de interrogante, la autocracias ganan terreno.

Y ello, en primer lugar, porque la aplicación de «estados de excepción», o bien ha reafirmado los modos autocráticos en los países así gobernados, o bien ha alterado los mecanismos de control parlamentario y rendición de cuentas en las democracias. Es más, en casi la mitad de los países del mundo se han registrado casos de abusos de poder, merma de libertades y violaciones a los derechos humanos. A su vez, muy pronto se introdujo el debate, azuzado por la experiencia china, en torno a la mayor eficacia de las autocracias. Y esto ha calado, pese a que Rachel Kleinsfeld lo ha refutado (2020), toda vez que la clave de una buena gestión se encuentra más bien en la cercanía de experiencias previas (crisis de 2003 o de 2009), esto es: en la aplicación reciente de protocolos de salubridad. Aunque también es cierto que la confianza de la población ante las instituciones cuenta. Y aquí es donde habita el punto flaco de muchos países occidentales, dado que las sociedades, en efecto, no se fían. Y menos aún si los gobiernos se aprovechan de los estados de excepción para adoptar medidas coercitivas (en libertad de movimientos, derechos de reunión y asociación, etc.) que quizá luego no se reviertan. Por descontado, lo previsible es que tales medidas sean temporales; en caso contrario, se evidenciaría un deslizamiento flagrante hacia el autoritarismo.

Resulta de interés comprobar que esta realidad de limitación de derechos impugna la perspectiva que, desde hace décadas, sostiene Giorgio Agamben (en línea con la teoría del micropoder foucaultiana): la de que, justo desde 1945, vivimos en un permanente estado de excepción. Más aún, de que, en tanto reducidos jurídicamente a la condición de meros cuerpos biológicos, somos todos prisioneros de un campo de concentración. Con la llegada del coronavirus, Agamben ha insistido en este planteamiento, denunciando un recrudescimiento del paradigma de la seguridad, respaldado ahora por la expansión de la vigilancia digital. Esto, sin embargo —y como se ha encargado de señalar Arias Maldonado— no cuadra con las premisas de su visión, pues es justo la evidencia de las limitaciones aquello que colisiona con la idea de un disciplinamiento biosocial encubierto (incluso de una guber-mentalidad autoinducida) heredada de Auschwitz. Dicho de otra forma: si esas medidas no decaen estaremos entonces ante el establecimiento de prácticas autoritarias de toda la vida. O dicho al revés,

su propia imposición ha desvelado (para el que así lo creyese) que no vivíamos en un campo de concentración.

Por último, hay al menos un par de asuntos finales que, a tenor de lo dicho, merecen atención. La primera cuestión deriva de la actualidad que ha cobrado el concepto de «estado de excepción», enfatizando un «momento schmittano» que asimismo procede de la década anterior. Hablamos de esa situación de fundación o refundación política que, a decir de los populistas, posibilitaría un cambio en las reglas de juego —ahora más que nunca— hacia algo más allá de la democracia liberal. Un más allá que también se aplicaría al terreno internacional y que nos conduciría... no sé sabe muy bien a qué. Por supuesto, no faltan propuestas, listadas por el propio Arias Maldonado (2020): desde el decrecentismo económico hasta la inoperosidad, pasando por la nostalgia de una vida nómada —presuntamente fructífera y menos fatigosa— de los cazadores recolectores.

Pero al margen de estas fantasías, y aun sin abandonar el supuesto del «momento fundacional», cabría evocar, más que a Carl Schmitt, a Thomas Hobbes, pese a la habitual y errónea identificación del «mundo hobbesiano» con la definición schmittiana de la política como enemistad, u hostilidad (el error consiste en pensar que el mundo hobbesiano es el del estado de naturaleza, cuando lo que realmente representa es un escenario prepolítico, ficticio, que sirve para explicar la configuración, no histórica sino racional —vía contrato—, del poder soberano). Pues bien, precisamente estaríamos asistiendo a una relectura contractualista de la política, bajo el lema reiterado de la renovación del pacto social. A efectos comparativos, conviene recordar que Hobbes produce su obra en un momento en el que todavía se recurría a la justificación divina del poder, e Inglaterra vivía una guerra civil. Recuérdese, asimismo, que la apelación al New Deal en Estados Unidos se articula en un cuadro histórico marcado por las guerras mundiales y el auge de liderazgos carismáticos, más que racionales, por decirlo con Weber. ¿Nos encontramos hoy en una situación análoga? Dejamos el interrogante abierto.

La segunda cuestión a retener estriba en la consolidación real de una tecno-vigilancia, desde la que se cierne la amenaza del autoritarismo. Y ello hasta el punto de que en el contexto de la creciente rivalidad entre Estados Unidos y China parecen despuntar dos modelos de ingeniería social en disputa: el del capitalismo oligárquico de las tecnológicas de Silicon Valley, frente al estatal centralizado del gigante asiático. Ambos, sin embargo, reposan sobre una misma matriz de pensamiento: la de un utopismo tecnológico en el que el conocimiento que aporta la predicción (incluso prescripción) del comportamiento erradica la libertad individual. Se alumbraría así un nuevo fin de la historia en la que el sujeto político se ubica en las instrucciones de los algoritmos. Esto acaso sí sería fundacional (o

«jobesiano», con j., evocando al Libro de Job), en el que un Behemoth oligárquico (Estados Unidos) se enfrenta a un Ciber-Leviatán chino.

Ciertamente, la política real no se ha detenido: Estados Unidos procura establecer una nueva OTAN en el Pacífico junto con Japón, Australia e India a través del Quad (el Diálogo de Seguridad Cuadrilateral), mientras China procura consolidar el Indo-Pacífico como área de exclusiva influencia propia. Su política exterior muestra una agresividad sin precedentes al tiempo que activa una «diplomacia de vacunas» para ganarse a los países con menos recursos (al igual que Rusia). En términos globales, y retomado la tabla taxonómica sobre la globalización que el profesor Bueno presentó en *La vuelta a la caverna* (Bueno, 2004) cabría traducir esta situación como una suerte de dialéctica entre un Estados Unidos deslizado hacia el modelo (8) —sin potencia para mantener la expansión del *American Way of Life*, pero con posibilidad de mantener un imperialismo aun de corte centrípeta—, y una China que persevera en el esquema contractivo del Imperio del Centro (modelo 6). Con todo, la interdependencia mutua entre ambas potencias estaría resolviéndose (provisoriamente) en la consolidación del modelo (3) de globalización especializada (económica en mayor medida que política o cultural), de competencia entre capitalismo (más o menos estatalizados y regionalizados) secundados por plataformas socio-morales contradistintas.

Por su parte, en fin, Europa estaría intentando agilizar sus lentos mecanismos de toma de decisiones mientras busca retornar al espacio (geográfico) y el tiempo (histórico) tras años, acaso demasiados, situada en un «no lugar» (el *u-topos*, el significado literal de utopía)¹⁹. Se afirma que sus élites están resueltas a que decida su propio camino adoptando una «autonomía estratégica», a la que también se denomina «doctrina Sinatra» (nombre, por cierto, con el que también se designó la política soviética de dejar a su aire a los países del pacto de Varsovia). Pero entre el común de la población puede que más bien cunda un (si se permite la ligereza) «momento Doris Day»: un «qué será, será», una situación de incertidumbre que quizá desemboque en un salvase quien pueda. Es decir: en un lugar complejo, anormal o malvado. Es un *dis-topos*.

(19) Al respecto esta cita es ilustrativa: «podemos decir que, así como la Europa de la posguerra se posicionó fuera de la Geografía hasta que el mundo exterior se presentó en la Frontera, el continente se ha posicionado fuera del Tiempo hasta que los Acontecimientos se aceleran. Por eso, además de tener que dar un ‘giro topológico’ —del espacio universal abstracto al espacio situado concreto— la Unión también debe dar un ‘giro histórico’: del tiempo abstracto al tiempo concreto y portador de sentido» (van Middelaar, 2021).

6. Conclusión

Concluamos con una breve reflexión que retoma el título del texto. Las tendencias previas al coronavirus apuntaban al abandono de un idealismo asociado a la consumación del capitalismo democrático como «fin de la historia». El auge del proteccionismo, los valores conservadores y el populismo soberanista esbozaban en su lugar los trazos de un mundo distópico que la pandemia no habría sino acelerado. La incuestionable materialidad de un patógeno expandido a escala global ahondaría en la percepción de un entorno socio-natural, ajeno a los ensueños del progreso. Bajo esta lectura, nuestra propia realidad biológica y existencial se habría tornado como el envés cruel y descarnado del utopismo previo. Sus implicaciones sociales se plasmarían en la imagen de un globo económico desinflado, cuyo vacío ocuparían los nacionalismos autoritarios. Sin embargo, este relato oculta una doble trampa: la interpretación del realismo, ya sea ontológico, político o cultural, como una concepción pesimista del mundo; y la presunción finalista de que lo que venga se quedará para siempre jamás.

En efecto, resulta bastante equívoco abandonarse a la identificación entre realismo y distopía. Pocas concepciones del mundo resultan tan claras y precisas, tan justamente normadas, como el realismo, en todos sus planos. Basta acudir a Ilkka Niiniluoto para apreciar su concreción tanto en el ámbito ontológico (existe un mundo independiente a la mente del observador); como científico (las teorías científicas no se reducen a construcciones sociales o a herramientas conceptuales, según postulaba Kant), como finalmente semántico o isomórfico (verdad como correspondencia entre hechos y enunciados). No se nos ocultan las matizaciones que cabría hacer desde la teoría del cierre categorial²⁰; más aún, ni cabe desconocer las aportaciones de Thomas Kuhn ni cabe olvidar que las construcciones sociales, aun las más delirantes, tienen efectos reales. Pero por eso mismo resulta imprescindible vindicar las virtudes de la «concepción heredada de la ciencia» (esto es: del modelo de explicación nomológico deductivo de Carl G. Hempel, o de las reglas de correspondencia entre empiria y axiomas, de Rudolf Carnap), en vistas de lo que ha venido después. Por lo demás, en lo que toca al ámbito económico, el debate realista es irrelevante, por cuanto en ella no se postulan realidades inobservables,

(20) Esto es: desde una gnoseología llamada precisamente a cuestionar la estructuración que el realismo presupone al universo material, fielmente representado por proposiciones, leyes y formulaciones teóricas, obliterando el componente constructivo del quehacer científico (sin perjuicio de su objetividad final). Pero que, en lo que todavía perdura como un debate abierto del materialismo filosófico, puede admitir el privilegio ontológico de las materialidades dadas (inmediatamente corpóreas) previas a su categorización científica, sin necesidad de comprometer la idea de una realidad preexistente acabada.

cosa que tampoco pasa en política (o no debería). Ciertamente, en esta última disciplina el realismo ha desarrollado una escuela propia, que la diferenciada de la moral y de las ideologías, se centra en el estudio del poder, pretende alcanzar conclusiones objetivables, reconoce la distinción entre gobernantes y gobernados y se funda en una concepción imperfecta de nuestra naturaleza. En todo caso, pensar que esto es anormal o complejo, y que lo común y sencillo radica en sostener que la realidad es un producto de nuestra mente y que la política o bien se ejerce como extensión de la vida buena, o ha de desaparecer de la vida humana, se antoja cuestionable. Por no hablar de las filigranas lingüísticas del populismo teórico, referidas a la construcción discursiva del pueblo²¹.

Por último, prolongar la premisa de que el mundo que llegue será de verdad el del «fin de la historia» incita a la melancolía. Y decimos bien melancolía, si es que este estado, según el sociólogo Wolf Lepenies, está prohibido en toda utopía que se precie. En sentido contrario, la esperanza sería entonces lo prohibido en cualquier distopía. La esperanza por un mundo mejor. Y es aquí cuando el distópico reclamaría su franja de verdad: no hay esperanza. Más aún, esgrimiría, no contamos con categorías analíticas para pensar en nuestro mundo presente o en el porvenir²².

Pues bien, parece obvio que esto se hace partiendo de una concepción progresista (perfectible) de la historia. Y ante esta presunta impotencia práctica y analítica, existen no obstante recursos muy a mano: volver a los antiguos y así recuperar el sentido de límite y la humildad de la imperfección humana (*infecta*, no *perfecta*). Recobrar acaso la concepción de la *anacyclosis*. O recordar incluso que la fórmula mixta de Polibio (un Fukuyama adelantado) era una solución formal (conjuntiva), que se olvidaba por de pronto de la materia basal (esto es: de las clases medias, lo que no se le pasó a Aristóteles). Quedaría por investigar si a los teóricos originales del fin de la historia (Hegel y Kojeve) pese a las apariencias, realmente no se les escapó este hecho y su dictamen sobre la época napoleónica no aluda tanto a un momento de consumación ideal, sino de estabilidad óptima (de autoconciencia encarnada:

(21) A título aun erudito, puede revisarse la nota crítica de Álvaro Delgado-Gal sobre el «voluntarismo idealista» de Slavoj Žižek y Ernesto Laclau, a propósito de la interpretación del «designador rígido» de Saul Kripke. Esta noción se refiere a expresiones que designan el mismo objeto en todos los mundos posibles: son nombres propios o nombres de clases naturales (como oro, agua, etc.). Según Kripke, cabe determinar su referencia a través de sus rasgos descriptivos, y estas descripciones pueden ser variadas; de ahí la independencia entre el «designador rígido» y la «descripción». Pero la lectura de Laclau da un paso más, puesto que afirma la independencia entre el significante (como nombre) y el significado (como descripción). No obstante, la descripción no trasmite el significado, únicamente «fija su referencia».

(22) Tal es la tesis que planteó Mark Lilla en 2014: «carecemos de conceptos adecuados o, incluso, del vocabulario apropiado para describir el mundo en que vivimos».

materializada) ya prefigurada desde el inicio de la historia, que más que poner fin al progreso (y ya es raro que el progreso tenga fin) engloba a la historia en un círculo. No se afirma que para ellos ese círculo pueda volver a echar rodar de nuevo (para eso tendrían que desprenderse del cristianismo). Se afirma, con Verdi, que «volver a lo antiguo ya será un progreso».

Quedaría asimismo para otra ocasión sopesar el alcance del «nuevo realismo» (Maurizio Ferraris, Markus Gabriel), incluso del racionalismo postcontinental («especulativo» en Q. Meillassoux), en el marco de un nuevo «giro materialista» de signo filosófico; baste con señalar, en líneas muy generales, cómo su enfoque «encarnado», de contacto o inserción directa e inmediata (no dual) del hombre con el «mundo entorno», aun ajeno y fácticamente previo a la visión representacionista del realismo científico (vocacionalmente neutro), es también anti-constructivista (no todo son interpretaciones), y nos remite al fin a un pasado pregalileano, no por menos metrizable, más ingenuo: propicio precisamente para el desarrollo del conocimiento objetivo.

Bibliografía

- Allison, G. (2017): «The Thucydides Trap», *Foreign Policy* (9 de junio).
- Arias Maldonado, M. (2020): *Desde las ruinas del futuro*, Madrid, Taurus.
- Brunnermeier, M. (2017): *El euro y la batalla de las ideas*, Barcelona, Deusto.
- Bueno, G. (1990): *Materia*, Ovideo, Pentalfa.
- (1996): *El sentido de la vida*, Ovideo, Pentalfa.
- (2004): *La vuelta a la caverna*, Barcelona, Ediciones B.
- Coole, D., y Frost, S. (2010): *New materialisms: ontology, agency, and politics*, Duke University Press.
- Delgado-Gal, Á. (2017): «Los conservadores y la revolución», *Revista de Libros* (15 de febrero).
- Delsol, C. (2019): «Democracias iliberales», *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53.
- Diamond, L. (2015): «Facing up to the democratic recession», *Journal of Democracy* Vol. 26, Iss. 1 (enero).
- Díez Nicolás, J. (2011): «¿Regreso a los valores materialistas? El dilema entre seguridad y libertad en los países desarrollados», *Revista Española de Sociología*, nº 15.
- Frank, Th. (1997): *La conquista de lo cool*, Madrid, Alpha Decay.
- Fuentes Ortega, J.B. (2012): *Frente a Marx y la Ilustración: el sentido comunitario y personalista de la crítica de Karl Polanyi a la sociedad de mercado y sus alternativas totalitarias*, Madrid, UCM.
- González Ferriz, R. (2020): *La trampa del optimismo*, Madrid, Debate.
- Guilluy, C. (2018): *No Society. La fin de la classe moyenne occidentale*, París, Flammarion.
- Gray, J. (2000): *Falso Amanecer*, Barcelona, Paidós.
- Han, B.-C. (2014): *En el enjambre*, Barcelona, Herder.
- Hernández, E. (2020): *Así empieza todo*, Barcelona, Ariel.
- (2021): «Los gigantes financieros en la era del nuevo capitalismo», *El Confidencial* (4 de enero).
- Huntington, S.P. (1991): «Democracy's third wave», *Journal of Democracy* 2.2.
- Ikenberry, J. (2018): «The end of a liberal international order», *International Affairs* 94: 1.
- Inglehart, R. (1977): *The silent revolution*, Princeton University Press.
- Keinfeld, R. (2020): «Do authoritarian or democratic countries handle pandemics better?», *Carnegie Endowment for Peace*.
- Lampert, M. y Inglehart, R. (2021): «The pandemic's impact on social values, emotions and priorities in 24 countries», WVS/Glocalities.
- Lamo de Espinosa, E. (2019): «A propósito de la posverdad», *Revista de Libros* (mayo).
- Lilla, M. (2014): «The Truth About Our Libertarian Age», *The New Republic* (18 de junio).
- Linde, L.M. (2011): «Animal grotesco, pero feroz», *Revista de Libros*, nº 179.
- Milanovic, B. (2016): *Global inequality: a new approach for the age of globalization*, Harvard University Press.
- Muñiz, M. (2020): «Tecnología y orden global», *Política exterior*, nº 193.
- Niiniluoto, I. (1999): *Critical scientific realism*, Oxford University Press.
- Ohmae, K. (1995): *El despliegue de las economías regionales*, Deusto.
- Ortiz-Ospina, E., Tzvetkova, S. y Roser, M. (2018): «Women's employment», *OurWorldInData*.
- Otero, M. (2019): «Trumponomics: un caso de keynesianismo regresivo», *Revista esglobal* (7 de agosto).
- Sandell, R. (2011): «¿Europa sin europeos? La realidad demográfica de Europa», en Lamo de Espinosa: *Europa después de Europa*, Madrid, Academia Europea de Ciencias y Artes.
- Sloterdijk, P. (2003) [1983]: *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Siruela.
- Steinberg, F. (2011): «La agenda de la gobernanza global y el papel del G20», en Alonso, J. A. et al.: *Crisis económica y nueva gobernanza internacional*, Madrid, Real Instituto Elcano.
- (2018): «Gobernanza de la globalización», *Nueva Revista* (febrero).
- Vallespín, F. (2003): «Globalización y política: la crisis del Estado», en Arteta, A. (coord.): *Teoría política: poder, moral, democracia*, Madrid, Alianza.
- Van Middelaar, L. (2021): «El despertar geopolítico de Europa», *Le Grand Continent* (15 de abril).
- Weber, M. (2012) [1905]: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Alianza.

Recibido: 30-07-21

Aprobado: 17-09-21